

no sólo desecha la oferta, sino que en 13 de Septiembre manda se ejecute al anciano patriota, á quien se dió muerte en garrote vil, usado únicamente para ladrones y asesinos. Ante aquel acto, el general independiente se indigna; manda fusilar 400 españoles que estaban presos en Zacatula, y noticiando á D. Nicolás Bravo la infausta nueva, le previene que otros 300 españoles que están en su poder, sean como los de Zacatula sacrificados.

El hijo recibe dolorido la noticia de la muerte infamante dada á su padre; mide el acto de su venganza, y después de sentir y reflexionar, resuelve magnánimo, aun á trueque de disgustar á su jefe, no sólo el perdón de aquellos 300 hombres que se le ordenaba fusilase, sino su libertad; y para prestigiar la santa causa de la independencia, procura que esto se haga del modo más solemne y público. Así es que, formadas todas sus tropas en el campamento de Medellín, y al frente en fila los 300 prisioneros, toma la palabra y les dice cómo, en represalia por la muerte de su padre, el general Morelos los manda fusilar, y cómo él, para gloria de la causa que defiende, los perdona y deja en absoluta libertad. Casi todos aquellos hombres, vencidos ante la grandeza de uno de los actos más nobles que registra la historia, se resuelven á quedar á sus órdenes, afiliándose bajo sus banderas.

En Noviembre, Morelos, frente á Oaxaca, con 5.000 hombres y 42 piezas de artillería, intimaba rendición al teniente general español que la defendía, con 2.000 soldados, 40 cañones y 5 fuertes; y no habiendo sido atendido, dió una orden general que concluía con estas palabras: *Mañana las tropas tomarán sus cuarteles en Oaxaca*; lo cual efectivamente verificaron, después de haberse apoderado de la ciudad por asalto.

Inúmeras acciones tenían efecto en todos los ámbitos del país, y no es posible dar cuenta de ellas en reducido espacio como el de que disponemos, por más que las juzguemos tan importantes como la acción campal de el Palmar, con que el cura Matamoros ilustró nuestros anales, para morir después, tras la tremenda derrota sufrida frente á Valladolid por el único cuerpo de ejército que tenían entonces los insurgentes, mandado por el glorioso Morelos.

Sonó la hora de la desgracia para la causa de la Patria; y aunque el fuerte de Cópore, levantado sobre escarpada montaña, rechazara á las divisiones españolas que lo asaltaron, y Vicente Guerrero hacía victoriosa campaña en el Sur, en otros muchos combates los independientes son vencidos; su gran caudillo, el que inmortalizó á Cuautla con sus hazañas, era aprisionado y pasado por las armas al finalizar el año de 1815.

Por otra parte, de España llegaban al país nuevos y aguerridos batallones.

En 1816 y 1817, la isla de Mescala, defendida heroicamente por indígenas, el famoso fuerte de Cópore y el de Tehuacán, capitulan, y el fuerte del Sombrero es tomado por asalto, precisamente cuando Mina, el republicano español, que viene á Nueva España para combatir contra las tropas de Fernando VII, que le perseguía, hace una campaña espléndida, recorriendo, como una tromba de fuego, desde las costas de Santander (Tamaulipas) hasta el interior del país, en donde bien pronto sucumbe por la causa de la independencia de México.

Otros fuertes y otras fuerzas fueron abatidas después, y al fin, en 1819, sólo Guerrero, glorioso, se mantenía bravamente sobre las montañas del Sur, fatigando á las huestes realistas que Armijo dirigía.

Por renuncia de este jefe, le substituye, en Noviembre de 1820, D. Agustín de Iturbide, que gozaba reputación de activo, inteligente y bravo. Era este oficial realista hijo de español y criolla, nacido en Morelia, y él iba á intervenir en un gran acontecimiento de la vida del pueblo mexicano.

La lucha de diez años sostenida por la causa de la independencia nacional, aquella causa que para su triunfo había exigido la muerte de tantos héroes y el sacrificio de tantos mártires; que había dejado inmenso número de familias en situación pavorosa; aquella causa en que se había formado una generación nueva, tenía base robusta en todas las conciencias de los mexicanos, y preparado estaba el espíritu público, por una guerra tan desigualmente sostenida contra el Gobierno español, para que obtuviese la solemne sanción en el momento histórico á que vamos á llegar.

No en vano, pues, Hidalgo había lanzado el grito de independencia en Dolores, el 16 de Septiembre

de 1810; no en vano los preclaros tenientes que le siguieron, lucharon hasta morir en los campos de batalla ó en los cadalsos; no en vano la segunda pléyade de héroes, encabezada por el insigne Morelos, combatió valerosamente, ofreciendo, en aras de la libertad, la vida por la Patria; no en vano el noble y generoso Mina había contribuido, con su fulminante campaña, al sostenimiento de la guerra; no en vano el indómito Guerrero persistía en las montañas del Sur; no en vano millares de mexicanos habían muerto en la lucha contra las tropas realistas: la santa causa preparada por aquella epopeya de heroicidades y de martirios, estaba para triunfar; vivía en las conciencias, y era amada por los espíritus de todos los que el nombre de mexicanos merecían.

¡Por qué intrincados caminos había de llegarse al fin tan *bata-llosamente* perseguido!

Iturbide tuvo la intención de formar una dinastía, de erigirse un trono, y así consumó la independencia de México, habiendo sido antes constante enemigo de los insurgentes. Con cuantiosos elementos, creyó que podía dominar á Guerrero, y después al virrey; pero no contó con la bravura del caudillo del Sur, y modificó su proyecto cuando sus tropas fueron escarmentadas por las enemigas. Así, preparado como lo tenía todo, escribe amistosamente al ilustre Guerrero, en los primeros días del año de 1821, haciéndole saber que se uniría á él bajo cierto plan que le propone, y el 24 de Febrero da un manifiesto en Iguala, en que está expresada la idea que había dado á conocer á Guerrero sobre la independencia nacional: el reconocimiento de la religión católica, apostólica, romana, como única verdadera; el llamamiento de una junta gubernativa, para que convocase á elecciones de diputados que diesen la Constitución del Gobierno mexicano, y la formación del ejército de las tres garantías, «Religión, Independencia, Unión,» que apoyase el plan, que se ha denominado *Plan de Iguala*.

Ese plan, que antes que otra cosa entrañaba la idea de independencia de México, fué recibido en todo el territorio como la luz de una nueva alborada por la generalidad de los habitantes del país. Se hablaba en él de unión, y ello abría las puertas al nuevo orden de cosas á los españoles aquí residentes; se hablaba en él de religión, y ello daba esperanza al clero de que fuesen respetados sus fueros y privilegios, desconocidos por la última reformada Constitución de España. Así, pues, las tres garantías de que había de ser sostenedor un ejército, halagaban á los más poderosos elementos nacionales de entonces.

Si dudas podía despertar el recuerdo de la conducta del antiguo realista Iturbide en la lucha de diez años que al país había ensangrentado, el nombre de Guerrero, unido al de este jefe, desvanecía las dudas y hacía que los antiguos independientes proclamaran de lleno el famoso Plan de Iguala.



Soldados de la época de la Independencia

El virrey une sus elementos de guerra contra el ejército trigarante, pero se desmoronan: una gran mayoría de ellos se combina con aquel ejército, y algunos combates aislados, en la provincia de Veracruz, son las débiles señales de la resistencia, que acaba en dicha provincia con la presencia del antiguo insurgente D. Guadalupe Victoria, á quien ayuda Santa Anna.

Valladolid, Querétaro, Zacatecas y Puebla capitulan, y casi todas las otras provincias se adhieren al plan libertador; la ciudad de Durango resiste, y es tomada por asalto. En la primera decena de Septiembre el ejército trigarante estaba frente á la capital de Nueva España, después de haber efectuado una verdadera marcha triunfal, y sólo los puertos de Veracruz y Acapulco, y el castillo de Perote, quedaban en poder de los realistas.

Fuerte el citado ejército de 16.000 hombres, y teniendo un importante mando en el mismo el ilustre Guerrero, habíase efectuado en sus filas la fusión de realistas é independientes, formando un todo, al que ya pudo darse por primera vez el nombre de *Ejército mexicano*.

Tras varios días de asedio, México entró en arreglos con Iturbide; y el 27 de Septiembre de 1821, aquel libertador ejército hizo su entrada triunfal en la que había sido la capital de Nueva España, y que en lo sucesivo sería la de México independiente.

En efecto, la independencia estaba hecha. El pensamiento de Hidalgo, por el cual se inmolará, debido á los esfuerzos de tantos héroes conocidos y de tantos otros sin nombre, se tornaba en realidad; fructificaban los esfuerzos del gran Morelos, y de los que á él acompañaron en la segunda etapa de la lucha; era premiada la constancia de Guerrero, el indomable; era consumada por el éxito la brillante evolución de Iturbide. Tres siglos de dominación habían terminado, y el ejército mexicano se presentaba radiante en nuestra capital, haciendo solemnemente, entre aclamaciones del pueblo, al son de músicas y marchas hélicas, al estruendo de salvas de artillería, su glorioso marcial desfile, con 9.000 infantes, 7.000 caballos y 68 piezas de artillería. Entre aquellos soldados distinguíanse los valientes hijos del Sur, que con Guerrero conservaron siempre en sus montañas el fuego sagrado de la Patria.

El Imperio y la República federal.—México, en 1821, había concluido la obra de su emancipación; pero ¿qué componentes tan heterogéneos formaban la nacionalidad! ¿Cómo iba á tener que resentirse la marcha de un pueblo que, sin contar con un elemento dominador ó prestigioso que pudiera encauzarlo en una senda dada, iba á sentir el embate de diversas porciones que, con fuerzas semejantes, al chocar entre sí unas con otras, pretendiendo superar, habrían de ocasionar una anarquía tan desoladora que llegara alguna vez hasta hacer perder la esperanza de la salvación nacional!

Efectivamente, tres grandes *congregados* constituían al pueblo mexicano en los momentos de su independencia: los españoles, engreídos con el antiguo régimen; los criollos y mestizos, ufanos con su emancipación é inexpertos en la dirección de la cosa pública, y los indígenas, humillados por la servidumbre.

Existía el asomo de un partido republicano, que naciera al calor de las ideas de los Congresos formados por los insurgentes en Chilpancingo y Apatzingán, y el partido monarquista, de los que acababan de servir á la causa de la monarquía española. Por último, surgían los intereses de las clases militar y eclesiástica, privilegiadas con fueros, y los especiales del clero, que, siglo tras siglo, había represado, por acumulación, riquezas inmensas.

Pero sigámos los sucesos.

Iturbide, contrariando al Congreso que convocó, tras diversas maquinaciones se proclama emperador de México, y á poco surgen en la arena los partidos políticos, haciendo oposición, alentados en un principio por el espíritu de la democracia, y envenenados después por las pasiones más terribles.

De pronto, Iturbide mira con desdén á los antiguos insurgentes, y asoma el airado enojo de éstos en contra de quien, anhelando las grandezas de un trono, había, por buscar su provecho propio, tan poderosamente concurrido á realizar la independencia de un pueblo.

Iturbide, á fin de procurar economías en el presupuesto del ejército, suprimió las milicias y planas mayores excedentes; y á fin de regularizarlo, ordenó que la infantería quedara sujeta al reglamento espa-

TOMO I.—PARTE SEXTA

Ejército nacional

Puebla.—Monumento á la Independencia